



Distr.
RESTRINGIDA

C. 4

LC/MEX/R.467
12 de mayo de 1994

ORIGINAL: ESPAÑOL

CEPAL

Comisión Económica para América Latina y el Caribe

**MUJERES DESARRAIGADAS Y POBREZA EN CENTROAMERICA:
UN AREA DE ATENCION ESPECIAL**

INDICE

	<u>Página</u>
PRESENTACION	1
1. El empobrecimiento de las sociedades centroamericanas	3
2. Las grandes corrientes migratorias en Centroamérica	4
3. Las mujeres desarraigadas, una categoría especial de pobres	7
4. Las principales acciones de alivio	9
5. Las perspectivas de las mujeres desarraigadas en Centroamérica	11

PRESENTACION

El fenómeno de las "mujeres desarraigadas" —se ha convenido en designar así a las desplazadas internas, refugiadas y repatriadas— constituyó en el decenio de los ochenta uno de los rasgos más distintivos de la particular situación demográfica de Centroamérica, cuyo mapa poblacional quedó profundamente trastocado por efecto de la violencia.

A la pobreza de las sociedades centroamericanas se agregó un deterioro material mayor por los efectos acumulados del agotamiento del modelo agroexportador de crecimiento económico, de los programas de ajuste estructural instrumentados para afrontar la consiguiente crisis y de la prolongada guerra, que dejó una secuela profunda de daños económicos y humanos. En este escenario, importantes migraciones externas e internas se generaron, buena parte de las cuales estaban integradas por mujeres que debieron abandonar sus lugares habituales de residencia, con el costo económico que ello les acarreó y con las lesiones psicológicas que entrañó el desarraigo, la ruptura familiar, la reconversión ocupacional y la súbita asunción de la jefatura del hogar.

1. El empobrecimiento de las sociedades centroamericanas

El retroceso de las economías de América Latina y el Caribe en los años ochenta fue tan negativo —10% de caída del producto por habitante— que mereció ser calificado con el término ya tan difundido de la "década perdida" para esta región. El resultado fue aún más adverso para la subregión centroamericana. Precisamente, su producto por habitante sufrió una contracción mucho más intensa, del 17%, entre 1980 y 1990. Aun cuando éste sólo sea un indicador grueso que esconde fuertes distorsiones distributivas en el interior de cada país, resulta suficientemente sintomático de la realidad económica a la que debieron enfrentarse las sociedades centroamericanas, en mayor o menor grado. Más privaciones sufrieron aquellas donde hubo conflictos bélicos: en particular, Nicaragua, con una baja del 41%, resultado también del bloqueo comercial; Guatemala y El Salvador, con caídas de 18% y 15%, respectivamente; Honduras, sin los efectos directos de la guerra, también sufrió una baja acentuada, de 14%; en cambio, en Costa Rica la contracción fue menor, de sólo 5%. 1/

En consecuencia, se extendió sustancialmente la pobreza que, pese al carácter excluyente del modelo adoptado, había podido reducirse en términos relativos en el curso de decenios pasados, de expansión económica. Algunas estimaciones acusan un avance del porcentaje de la población en condiciones de pobreza, de 60% a 68%, lo que en términos absolutos significó que casi 7 millones más de centroamericanos engrosaran los grupos humanos con carencias elementales, para elevar la cifra total por encima de los 20 millones. La población en condiciones de indigencia ascendió a 46% de la total, o sea casi 14 millones de personas. 2/

En el sector rural, con 79% de población pobre en 1990, los más afectados por estas condiciones fueron los campesinos sin tierra, los asalariados temporales y los minifundistas de subsistencia. Son, en efecto, estas formas tradicionales de inserción en la producción las que han perpetuado la pobreza tanto en Centroamérica como en otras regiones. En las zonas urbanas —donde el crecimiento de la pobreza fue más acelerado en la década de los ochenta— las bajas de los salarios reales del sector formal arrastraron a sus perceptores a condiciones de pobreza y en muchos casos

1/ Véase, CEPAL, *Balance preliminar de la economía de América Latina y el Caribe, 1990* (LC/G.1646), diciembre de 1990.

2/ Véase, CEPAL, *Bases para la transformación productiva y generación de ingresos de la población pobre de los países del Istmo Centroamericano* (LC/MEX/G.3), enero de 1992.

a competir con los desempleados en encontrar un refugio en el sector informal, sumándose a los pobres que ya existían en forma de asalariados, microempresarios, trabajadores por cuenta propia y trabajadores familiares no remunerados. Como en otros países, los llamados grupos vulnerables se integraron con los niños, las mujeres, los ancianos y los indígenas, grupos éstos que, por la propia condición de su valoración social, se ven afectados con mayor rigor por la pobreza.

Una de las especificidades de Centroamérica en este decenio particularmente conflictivo fue, además, que entre las categorías especiales de pobres destacaran los considerables contingentes de desplazados y refugiados producto de la violencia. ^{3/} La prolongada guerra en El Salvador, en Nicaragua y en Guatemala no sólo ahuyentó las inversiones a la región centroamericana en su conjunto y contribuyó al retroceso económico de los países, sino que también incidió gravosamente sobre los grupos humanos directamente afectados, ocasionando muerte, daños físicos y síquicos irreparables y éxodos masivos.

El propósito de estas notas es, pues, acercarse a la situación particular de las mujeres desarraigadas, que reúnen simultáneamente las desventajas de los grupos vulnerables y de las categorías especiales de los pobres.

2. Las grandes corrientes migratorias en Centroamérica

El mapa demográfico de Centroamérica se transformó radicalmente en el decenio pasado. La crisis económica y la guerra, en un vínculo de retroalimentación, arrojaron a vastos contingentes de la población fuera de sus lugares habituales de residencia: se intensificó, por una parte, la salida, a países industrializados principalmente, de migrantes en busca de mejores condiciones materiales de vida. Se estima en más de un millón, en su mayoría varones, a quienes abandonaron la subregión en esa década. A su vez, otras corrientes migratorias, de una cuantía estimada equivalente, se establecieron dentro de la subregión —y con México— como efecto directo de la violencia. En cambio, estos amplios contingentes de desplazados y refugiados se integran de forma mayoritaria por mujeres y niños.

A excepción de las migrantes femeninas que lograron acceder a un empleo remunerado en el extranjero —principalmente en los Estados Unidos—, en el primer caso corresponde subrayar el

^{3/} *Ibíd.*

importante cambio en el papel de las mujeres que quedaron en sus países, al asumir la jefatura de los hogares que los maridos o los hijos dejaron al emigrar. Así, en la mayoría de los casos, se volvieron receptoras de remesas que debieron administrar. Sin duda, elevaron el nivel de consumo de sus familias, tanto por los beneficios aportados por las remesas como por su distribución más racional en el presupuesto familiar. Una proporción mínima de ellas incluso llegó a utilizar estas divisas con fines de inversión, como medio de evitar la dependencia de estos envíos y superar duraderamente las condiciones de pobreza en que se sumían. Ello se debe a que estos recursos del exterior apenas bastan para complementar los gastos de consumo indispensables de estas familias necesitadas. 4/

En cuanto a las segundas, las "desarraigadas", su suerte ha sido más adversa en el sentido de que la mayoría de ellas no sólo ha permanecido inmersa en condiciones de pobreza, sino que estas condiciones se han agudizado al abandonar súbitamente sus lugares de residencia, sus enseres domésticos, sus implementos de trabajo o sus tierras —las que los tenían—, a asumir costos de readaptación al nuevo entorno, frecuentemente campamentos, a la reconversión ocupacional a la que se han visto forzadas y, posteriormente, no en todos los casos, a asumir igualmente los costos del retorno al lugar de origen y de su difícil reinserción ocupacional. Todo ello han debido efectuarlo en medio de la desventaja que entraña el sesgo de género de la sociedad.

Si no existen estimaciones confiables que permitan cuantificar las dimensiones de este problema social, menos aún se dispone de cálculos relativos exclusivamente a la esfera femenina. La población infantil y femenina ha predominado en estos grupos humanos, en parte por las desapariciones, enrolamiento militar o insurgente y las bajas de la población masculina ocasionadas por el prolongado período de violencia en estos países.

No obstante, debe destacarse que, aunque minoritaria, la participación femenina en la lucha armada fue considerable así como las bajas de guerra. Aunque la presencia de las mujeres en los ejércitos regulares fue marginal, sí integraron entre una quinta y una cuarta parte de las fuerzas guerrilleras. Se estima que en El Salvador, Guatemala y Nicaragua entre un 10% y un 15% de los fallecimientos por causa de la guerra ocurrieron en mujeres y el 20% de las violaciones más graves

4/ Véase, CEPAL, *Remesas y economía familiar en El Salvador, Guatemala y Nicaragua* (LC/MEX/L.154), junio de 1991.

a los derechos humanos (asesinatos, desapariciones); en suma, serían unas 30,000 mujeres las muertas en combate, asesinadas o desaparecidas. ^{5/}

Existen estimaciones generales en el sentido de que tres cuartas partes de los grupos de desarraigados corresponden a mujeres y niños; ^{6/} sin embargo, en el caso centroamericano esta proporción puede ser mayor. Así, su cuantificación por gruesa que fuera sólo podría hacerse por vías indirectas.

En conjunto, a fines del decenio pasado el número total de migrantes internos, de ambos sexos, por efecto de la violencia en Centroamérica, se situó en una cifra del orden de un millón, como se mencionó. Se calcula que alrededor del 14% de la población de El Salvador, Nicaragua y Guatemala, se desplazaron dentro de sus propios países, o bien hacia los vecinos.

El Salvador, por sí solo, ha sido el país con mayor número de desplazados internos (400,000, lo que representa el 7% de su población total), además de los que migraron a Guatemala (180,000), a México (50,000), a Honduras (33,000) y a Nicaragua (22,000).

En Nicaragua, el número de desplazados internos se calcula que supera los 350,000 —casi el 10% de la población total—, además de aquellos que pasaron a establecerse en Costa Rica (280,000) y en Honduras (200,000). En fin, la población afectada por la guerra en Nicaragua representa cerca del 16% de la total. Está constituida por desplazados internos, retornados, desmovilizados de la exresistencia nicaragüense y licenciados del gobierno popular sandinista, así

^{5/} Véase, Ana Isabel García, Consultora UNIFEM, Unidad Conjunta PNUD/ACNUR de Apoyo a CIREFCA, *Las mujeres en el marco CIREFCA y la atención a su condición de género*, documento interno, diciembre de 1993.

^{6/} Esta estimación proviene del ACNUR, citadas por UNIFEM, *Apuntar a una efectiva programación para el desarrollo: mujeres desplazadas y refugiadas en Centroamérica*, documento fotocopiado, Conferencia Regional sobre los Refugiados Centroamericanos (CIREFCA), Guatemala, mayo de 1989.

como víctimas de guerra, categoría conformada por viudas y huérfanos, discapacitados y madres de caídos en acción. ^{7/}

El Guatemala, la participación relativa de los 190,000 desplazados internos (2%) resulta menor; el número de migrantes a México reconocidos ascendía a 42,000, y el de no reconocidos podría elevarse a 150,000. Los migrantes guatemaltecos a Belice se estimaron en sólo 25,000 que, junto con los 5,000 salvadoreños, constituyen, sin embargo, el 17% de la población del país receptor. ^{8/} Ningún plan de desarrollo económico o social puede hacer abstracción de este hecho. ^{9/}

Estas cifras han sufrido cambios en los últimos años, caracterizados por la pacificación del área. Así, el número de repatriados ha ido en ascenso y, consecuentemente, el de refugiados en disminución, introduciendo problemas de distinta índole a los que se tenían. Las cifras disponibles muestran una clara inversión de estas proporciones desde fines de 1992 y principios de 1993: en El Salvador, por ejemplo, se tenía registrados a 250 refugiados y a 32,310 repatriados; en Guatemala a 4,780 y 16,000, respectivamente, y en Nicaragua a 2,600 y 72,160. ^{10/}

3. Las mujeres desarraigadas, una categoría especial de pobres

Existe una amplísima gama de mujeres en esta categoría de desarraigadas, que difieren según su origen urbano o rural, su inserción ocupacional, su estrato socioeconómico, su origen étnico y su edad, entre tantas otras variables. Si bien se considera que entre 52% y 55% de los desplazados y

^{7/} Véase, CIREFCA, *Tercer informe de avance de ejecución del Plan de Acción Concertado de la Conferencia Internacional sobre Refugiados Centroamericanos*, Unidad Conjunta ACNUR/PNUD, San José de Costa Rica, febrero de 1993. "Los retos para las autoridades nicaragüenses son enormes en el mediano plazo... (por) la incorporación de abundante mano de obra, la que ha resentido fuertes deterioros en su nivel de nutrición, salud, educación, y que como efecto del conflicto bélico ha sufrido daños físicos y síquicos. Se trata también de una población que ha sido geográficamente en una proporción considerable..." Véase, CEPAL, *Nicaragua: Evolución económica durante 1991* (LC/MEX/L.196), agosto de 1992.

^{8/} Véase, CEPAL, *El impacto económico y social de las migraciones en Centroamérica*, Estudios e Informes de la CEPAL No. 89 (LC/1738-P), Santiago de Chile, 1993.

^{9/} Cabe destacarse, por ejemplo, el enfoque demográfico regional incorporado en el *Programa de Reconciliación Nacional y Rehabilitación Socioeconómica*, en Nicaragua, que resultó de un proyecto conjunto del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo y la Presidencia de la República, a principios de este decenio.

^{10/} Véase, CIREFCA, *Tercer informe...*, op. cit.

refugiados son mujeres —de todas las edades— el término de desarraigadas cobra mayor significado al referirlo a aquellas que han perdido a su cónyuge, padre o hermanos varones y que, consecuentemente, se han visto obligadas a asumir súbitamente la jefatura de una familia o, en el caso de haberla perdido, de procurar su propio sustento en condiciones modificadas.

Las mujeres desarraigadas comparten características generales del perfil socioeconómico con el promedio de mujeres centroamericanas. Su tasa de analfabetismo es mayor que la de los hombres, su escolaridad es marcadamente menor, así como su participación en la PEA; sus ingresos medios son sensiblemente inferiores a los de los varones que se desempeñan en actividades equivalentes.

Aunque no son mayoritarias, amplios contingentes de desplazadas y de refugiadas han provenido de las áreas rurales, donde hay una mayor incidencia de la pobreza y, además, donde una menor proporción de las mujeres integra la población económicamente activa, por tradiciones culturales profundamente arraigadas. En rigor, la mayor parte de las mujeres campesinas ha tenido un papel económicamente subordinado dentro del hogar, como trabajadora familiar sin remuneración. A ello se ha sumado el hecho de que en el zonas rurales son peores las condiciones de insalubridad y de ignorancia —analfabetismo, baja escolaridad y falta de conocimiento del español (entre la población indígena)—, de morbilidad generalizada, y de elevadas tasas de mortalidad materno-infantil.

Aun cuando una alta proporción de estas mujeres se ha desplazado a entornos equivalentes en otras zonas rurales, o se ha refugiado en ellos, difícilmente pueden insertarse convenientemente en la actividad productiva por la falta de oportunidades que la región receptora ofrece, sobre todo de disponibilidad de tierra para cultivo, y por las pocas capacidades productivas de la mayoría de las desarraigadas.

Por ello, además de verse empujadas muchas de ellas a realizar faenas rudas del campo y otras actividades tradicionales conexas igualmente pesadas, tanto fuera como dentro del hogar, han debido improvisar estrategias espontáneas de sobrevivencia —actividades de autoconsumo y trabajos extras—, en condiciones físicas y síquicas difíciles. Precisamente, el abrupto traslado de hábitat agrava sus condiciones de existencia, al sumarse a los traumas de la violencia en todas sus formas y a la insalubridad en las que se ven inmersas en los campamentos u otros albergues provisionales. A ello habría que agregar una mención a las distintas formas de extorsión y de acoso sexual a que suelen estar expuestas, sobre todo las jóvenes, en su nueva vida.

Además de esta población campesina en condiciones de pobreza extrema, en Centroamérica el porcentaje de hogares con jefatura femenina es relativamente elevado (las estimaciones globales

lo ubican en 27%). En El Salvador, donde se concentra el mayor número de desplazados, esta proporción se calcula en 64%, y en Nicaragua en 48%, como resultado de los procesos señalados de violencia. Buena parte de ellas corresponden a la población urbana. ^{11/}

Un porcentaje tan elevado de mujeres jefas de hogar necesariamente se desempeña en ocupaciones de todo tipo, preponderantemente en las que se ubican en el sector de los servicios. Las actividades comerciales y el trabajo doméstico han sido las áreas en las que con mayor frecuencia se pueden insertar. El crecimiento extraordinario de la informalidad permitió absorber no sólo a población económicamente activa masculina, sino también una creciente proporción de mujeres que encuentran en estas actividades la suficiente flexibilidad de horario y de condiciones como para encarar simultáneamente sus obligaciones familiares.

En todo caso, estas mujeres que trabajan a menudo en condiciones ilegales deben aceptar remuneraciones inferiores a las imperantes, ya de por sí situadas a niveles de subsistencia. Un grupo menor, aunque significativo, sólo puede sortear la situación económica propia y de sus dependientes mediante prácticas de prostitución y otras actividades delictivas.

4. Las principales acciones de alivio

Resulta evidente que la problemática de los desarraigados en general —y de las mujeres en particular— no puede desvincularse de las condiciones de pobreza de la mayoría de la población centroamericana. Sin embargo, en los intentos de alivio para estos grupos poblacionales, por sus propias características de excepcionalidad, han imperado en un principio las acciones de tipo humanitario y asistenciales para ceder lugar, en una segunda fase —sobre todo la actual, de repatriación—, a programas preferentemente de desarrollo.

La grave situación descrita implicó necesariamente la fuerte movilización de los gobiernos afectados y de la cooperación internacional, con el amplio respaldo de las organizaciones no gubernamentales (ONG) e incluso de la sociedad civil.

En 1989 se fundó en Guatemala la Conferencia Internacional sobre los Refugiados Centroamericanos (CIREFCA), que ha contribuido al proceso de paz impulsado en 1987 en Esquipulas II. CIREFCA, en efecto, ha conjugado los esfuerzos de los propios países afectados con

^{11/} Véase, CIREFCA, *Working with uprooted women*, Unidad de Apoyo Conjunto del PNUD-ACNUR, San José, Costa Rica, septiembre de 1993.

los de la cooperación internacional del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) y el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), junto con la Oficina del Secretario General de las Naciones Unidas, y con los de una serie de gobiernos cooperantes, a nivel bilateral y multilateral. Desde su establecimiento se adoptó una declaración de principios y un plan de acción. ^{12/} El mayor proyecto en su seno es el financiado por el gobierno italiano, el Programa para Desplazados, Refugiados y Retornados (PRODERE), ejecutado por el PNUD.

A fines de 1991 se introdujo un enfoque de género en estas actividades, tras una iniciativa del ACNUR de realizar el "Primer foro regional para el trabajo con mujeres refugiadas, repatriadas y desplazadas con enfoque de género" (el FOREFEM). Posteriormente, en febrero de 1993, estas acciones se reforzaron con la inclusión del Fondo de las Naciones Unidas para la Mujer (UNIFEM) en la Unidad Conjunta PNUD/ACNUR de apoyo a CIREFCA. Ultimamente, se subraya la inclusión específica sobre la situación de la mujer desarraigada en los distintos programas y proyectos. Las ONG ejecutan una parte importante de las actividades regulares de estos proyectos. ^{13/}

Además de lograrse, mediante CIREFCA, cambios legales de trascendencia y de apoyos institucionales para la protección de los refugiados en la mayoría de los países, e incluso ofrecerles la calidad de residentes (en Costa Rica), se ha ejecutado una variedad de proyectos. Han predominado los de tipo multisectorial (47%), principalmente de apoyo de infraestructura básica tanto para las poblaciones desarraigadas como para la población local receptora. En mucha menor cuantía (8%) se encuentran los proyectos productivos, cuyo crecimiento será paralelo al del número de repatriados que se quiera reinsertar en la vida económica de sus localidades de origen. Los proyectos de impacto rápido, que han mostrado ser muy adecuados en esta cuestión, ocupan un espacio aún menor (6%); los de desarrollo social (salud, educación, vivienda), los de empleo, capacitación y

^{12/} Los cooperantes bilaterales son Alemania, Austria, Canadá, Dinamarca, España, los Estados Unidos, Finlandia, Francia, Gran Bretaña, Holanda, Italia, el Japón, Noruega, Suecia, Suiza y Taiwán. Los multilaterales, la Unión Europea y varias agencias del Sistema de las Naciones Unidas.

^{13/} En 1992, en la reunión internacional de San Salvador se contó con la asistencia de 62 ONG nacionales e internacionales, incluyendo al Consejo Internacional de Agencias Voluntarias (ICVA), que representó a las ONG internacionales, y la Asociación Regional para Migraciones Forzadas (ARMIF), que representó a 90 ONG centroamericanas que trabajan con poblaciones desarraigadas. Véase, CIREFCA, *Tercer informe...*, *op. cit.*

microcrédito, los de apoyo institucional, documentación y asistencia legal, y los de promoción exclusivamente de la mujer y de protección de la niñez, son los de menor importancia relativa.

En general, muchas acciones de alivio a estas poblaciones vulnerables han consistido en la provisión de ayuda directa monetaria o en especie, sobre todo en las poblaciones objetivo rurales, albergadas en campamentos. De esta forma se les garantiza un mínimo vital de subsistencia como una forma complementaria a los ingresos que puedan derivar de las actividades mencionadas que se ven forzadas a desplegar.

Como refuerzo de esta ayuda humanitaria, se ha procurado ejecutar proyectos productivos, entre los que destacan muchos de los llamados proyectos de impacto rápido (PIR, o QIP en inglés), en los que se ha procurado introducir el enfoque de género (los PIR-FEM). No sólo atienden aspectos de infraestructura básica, sino que muchos de ellos se orientan a crear nuevas oportunidades de generación de ingresos (creación de cooperativas y de microempresas) y a la ampliación de la base productiva de las economías locales (distribución de semillas, cultivo y ganadería, etc.); además de importantes actividades de capacitación. En Nicaragua se están desarrollando este tipo de proyectos, si bien se están extendiendo a los otros países de la región. Cabe mencionar también, por la inclusión del enfoque de género en sus actividades, la reformulación de los proyectos llevada a cabo por PRODERE en El Salvador y el nuevo énfasis conferido a los proyectos productivos para mujeres.

5. Las perspectivas de las mujeres desarraigadas en Centroamérica

Gracias a los avances en el proceso de pacificación de Centroamérica ha podido darse la inflexión de las tendencias migratorias en el interior de la subregión e invertirse la relación entre los refugiados y los desplazados, por una parte, y los repatriados, por la otra, a favor de estos últimos.

De esta manera, la naturaleza de las acciones para enfrentar este grave fenómeno social característico del decenio pasado ha variado necesariamente, reorientándose la ayuda que en principio fue netamente humanitaria hacia proyectos de tipo productivo y de reinserción en la actividad económica.

La problemática de las mujeres desarraigadas tenderá, por lo mismo, a dejar de tener una calidad de excepcionalidad en la medida en que puedan irse repatriando y reinsertándose en la

actividad productiva, o bien en la medida en que las desplazadas rehagan sus vidas en sus nuevos entornos o puedan volver en condiciones aceptables a sus lugares de origen.

Sin embargo, el regreso a la "normalidad" implicará para la mayoría de las desarraigadas compartir la suerte de tantas otras mujeres centroamericanas que están sumidas en la pobreza y que difícilmente pueden superar esa condición. En efecto, pese a los ingentes esfuerzos desplegados en su apoyo, habrán sido relativamente pocas las que lograron superar de una forma más o menos duradera la pobreza. La mayoría habrá de seguirse enfrentando a condiciones adversas por el sesgo de género imperante en las sociedades y por la atonía de sus economías que difícilmente encuentran los cauces de un desarrollo sostenido y, sobre todo, equitativo para los distintos estratos de la población.

La formulación de planes de desarrollo social en la mayoría de los países centroamericanos, en el marco de una estrategia subregional de combate a la pobreza acordada por los Presidentes de los países del Istmo, abre perspectivas más alentadoras en este campo. En particular, esta estrategia encuentra un apoyo en la creación de fondos de inversión social en cada uno de los seis países, con el concurso de la cooperación internacional y la amplia participación de los diversos agentes sociales, destacadamente las ONG y los propios beneficiarios de los programas de mejoramiento social. También lo encuentra en la revisión de los instrumentos de política social en proceso, tendiente a hacer más eficiente el habitual escaso gasto social, entre muchas otras medidas cuya aplicación se ha emprendido.

Sin embargo, el hecho insoslayable que presenta la alta proporción de hogares con jefatura femenina y la desventajosa situación laboral de las mujeres deberá comprometer a las autoridades a revisar el enfoque de las políticas que hasta ahora se han instrumentado para promover la mejora económica y social de la mujer. Esta nueva realidad demanda efectuar una integración efectiva de las especificidades de participación de la mujer en la estrategia del desarrollo nacional.

La mayoría de los países de la subregión está realizando esfuerzos para poner en marcha un proceso de reconversión productiva que mejore su inserción en la economía mundial. En este contexto, la planificación del desarrollo deberá tener presente un hecho que cada vez ha ido ganando mayor reconocimiento: que las mujeres son agentes productivos, a pesar de la escasa visibilidad que como tales tienen todavía en la economía nacional.

Así, las nuevas estrategias para eliminar la pobreza deberán superar las limitaciones observadas en políticas anteriores en las que se trató de mejorar la situación de las mujeres con

programas y proyectos desligados de los objetivos y metas de la economía nacional. El analfabetismo y la escasa capacidad laboral de las mujeres desarraigadas —y de las mujeres pobres en general— deberán recibir atención de los gobiernos no sólo en el marco de acciones complementarias para dar respuesta a problemas sociales de grupos vulnerables, sino en el contexto de los esfuerzos nacionales para alcanzar etapas superiores de desarrollo y con ello la superación de la pobreza.

La inclusión en la estrategia de desarrollo de una perspectiva de género es concordante con las metas globales para alcanzar un crecimiento económico (mediante la generación suficiente de empleo remunerado) con equidad social, la cual incluye la equidad de género. Además, es oportuna la instrumentación de este enfoque en la actual coyuntura en que los países necesitan aprovechar todos sus recursos disponibles para enfrentar el desafío de su reinserción en la economía mundial sobre nuevas bases de eficiencia.